

JOAQUÍN AMORÓS GARCÉS

El sacerdote
que a todo dijo que sí



Más de cincuenta años sacerdotales aporta en su hoja de servicios Mossén Amorós, uno de los más populares eclesiásticos castellonenses, con treinta años como profesor de Religión en el Instituto Ribalta, treinta y cinco de responsable de la Hoja Parroquial y media vida en el Sanatorio La Magdalena

En nuestra búsqueda de historias y anécdotas de los 50 años del Hospital La Magdalena, el entrañable sanatorio, ya dije que tanto Ximo Górriz como yo quedamos deslumbrados por las actitudes de tantos seres que han escrito entre aquellas paredes con lágrimas, gotas de sangre y latidos de corazón la más conmovedora historia humana con muchos capítulos que merecerían el tratamiento individualizado de cada protagonista, como ya los han tenido el director médico don Juan Guallar y la monjita Sor María Teresa González Justo.

La actual directora de Enfermería, la burrianense María Ángeles Vicent me acompañó hace unos días por el piso sexto donde, vacías ahora, eran un decorado excepcional las habitaciones que habían ocupado las monjas convertidas en enfermeras, los sacerdotes que allí cumplían su misión de compañía física y ayuda espiritual. Y cada uno de aquellos seres humanos había dejado huella de sus días vividos y sus noches en vela o soñados, de sus llantos y sus rezos, de su caminar por el edificio que compartían con la cruda enfermedad de la época, la tuberculosis.

El rigor y la profesionalidad de los médicos, fría en apariencia, muy consciente siempre y entusiasta a veces, se apoyaba en la compañía de las monjas y los sacerdotes. Y además de los ya citados, también aparecen deslumbrantes los nombres de aquellas Sor Agustina,

Más de cincuenta años sacerdotales aporta en su hoja de servicios Mossén Amorós, uno de los más populares eclesiásticos castellonenses, con treinta años como profesor de Religión en el Instituto Ribalta, treinta y cinco de responsable de la Hoja Parroquial y media vida en el Sanatorio La Magdalena

Sor Asunción o Sor Nati Portolés, así como Sor Juana o Sor Teresa, de Herbés, que gusto de citar ahora amodo de homenaje.

—Trabajaban duro y atendían las necesidades del médico; siempre aportaban informaciones útiles sobre la vida de los enfermos—, eran los comentarios sobre aquellas monjas y sacerdotes que en el sanatorio escribieron hermosas páginas de amor.

LA VIDA

Joaquín Amorós Garcés nació en L'Alcora el 10 de julio de 1920, hijo de Joaquín Amorós y Amparo Garcés. Familia piadosa, con cinco hermanos: Amparo, la mayor, que pronto ingresó como monjita de la Consolación y que propició que sus padres fueran los ocupantes de la portería del colegio de monjas, en

L'Alcora, hoy conocido como residencia de Marcos, donde ya nacieron los otros cuatro: Teresa, nuestro Joaquín, Lola y José María.

Siempre dijo que quería ser pobre, sencillo y juglar para hacer felices a los demás. Su vocación sacerdotal se vio violentada por la guerra civil y el destino le impulsó a intervenir, a los 16 años, como miliciano de cultura en el bando republicano, aunque a los 20 ya estaba matriculado en el Seminario de Vitoria, donde destacó en los estudios de Teología y en sus dotes para la música y la literatura. El primer examen ciudadano lo sufrió en la parroquia de San Juan, en Tortosa, un barrio marginal de difícil acomodo, donde lo recibieron a pedradas a su llegada, aunque acabó conquistando con su bondad y una guitarra a los feligreses. Ya más cerca, en Sueras, estuvo diez años, para llegar después a Castellón donde pasó por la parroquia de la Trinidad, y por la de San José Obrero, antes de convertirse en el capellán del Sanatorio La Magdalena, al tiempo que también fue atendiendo los servicios religiosos de los grupos de San Agustín y San Marcos, la iglesia de San Juan del Río Seco, la barriada del grupo Roser y la enseñanza del catecismo en Borriol. Y como a todo decía que sí, en el obispado nunca tuvieron problemas para cubrir una vacante o una ausencia.

Yo tuve ocasión de conocerlo personalmente en mis experiencias oaristas de Santa María y desde mi incorporación a Armengot, donde ya venía para pedir para sus niños del campamento, donde también ocupaba cuarenta días en verano. Y todo lo que le daban en cualquier parte, lo recogía; fue un gran devoto del “santo recogimiento”. Para sus chicos o sus enfermos del sanatorio. Allá donde estuvo creó rondallas, escolanías, grupos de teatro, como sabe muy bien Pascual Barreda, o aquella formidable agrupación de Les Albaes en Alcora, con José Cotanda y Conrado Sancho. Y además escribía y componía. En 1960 me llamó para dirigir unas funciones teatrales sobre Estampas de La Pasión, que escribió él mismo a modo de los autos sacramentales. Promovido todo por la Asociación Misional de la Trinidad, celebramos varias representaciones en un salón parroquial en Ronda Mijares, 166, local cedido por la familia Dolz. Todos fuimos muy felices

y aquello ya nos permitió fecundas confidencias, su amistad con el Padre Javiere, sus recuerdos seminaristas, sus poemas siempre inocentes, llenos de ternura, su ilusión por hacer la Hoja Parroquial, las participaciones como novelista en el Premio Armengot y su hermoso esfuerzo en el sanatorio, ahuyentando el miedo social que a muchos producía la “casa dels títics”. Y sus colaboraciones con la revista hablada *Clima*, de Quiquet de Castalia, pero siempre con el orgullo de ser sacerdote, “capellá, sobre totes les coses”.

En el Instituto Ribalta fue profesor de la asignatura optativa de Religión de dos de mis hijos. Y demil chicos más. —Hay que enseñar a respetar cada religión, siempre que respete los derechos humanos básicos—, me decía. Y también aquello de que los católicos no podemos ser ovejas mudas. Falleció el 17 de noviembre de 1997. Quienes le amaron en vida piden desde entonces una calle a su nombre en Castellón. ❖

BODAS DE ORO

El 10 de junio de 1994 y en el patio del Colegio de San Agustín, que él había dignificado, se celebró un Homenaje a Mossén Amorós con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Estuvieron presentes el alcalde y otras autoridades, así como representaciones de las parroquias que había regentado, también del sanatorio y del instituto, de las escolanías, rondallas, grupos de teatro, benefactores y beneficiados de su obra social y fuimos muchos los que intervinimos desde el escenario. Se recuerda el poema de Rafa Lloret y Virginia Porcar: ‘Va voler retirar-se a l’oració/amb els monjos de clausura/però un superior protestà...’. No pudo ser fraile pero sí pobre y sencillo.